

P OEMAS DE ENRIQUE MOLINA

DESCENSO AL OLVIDO

¡Oh!, he aquí los muertos, sentados,
inmóviles alrededor del Tiempo;
adorando su pálida, eterna hoguera,
extrañamente sombríos en su reunión solitaria.

Ahí están, invadidos por mañanas mentidas;
poblados por húmedas músicas, por tenaces cigarras.
Sobre ellos el cierzo ha pesado, y sus gestos de antaño,
sus cuerpos de vapor,
se condensan de pronto en alargadas lluvias.

No; no hables un idioma olvidado.
No pronuncies tu nombre.
Que no giren con letal lentitud la borrada, tormentosa
cabeza.
Que no te reconozcan sus huecos corazones comidos por
los pájaros.

¿NO HAY GRACIA PARA MI...?

Hombre paciente, compilador de embustes,
no quiero tu sonrisa,
no quiero tu conjuro entre la temperancia
y el tapiz,



Enrique Molina ■ Nació en Buenos Aires. Tuvo una juventud marinera. Como tripulante de barcos mercantes viajó por el mundo y vivió en varios países de América, de esa América cuyo paisaje aparece sin pausa en su poesía, "tatuaje imborrable, joya viva en este inmenso desierto hecho de baratijas" (Octavio Paz). En 1954, con Aldo Pellegrini, fundó y dirigió la revista *A partir de cero*, de orientación surrealista.

ante los candelabros que te apartan del hálito nocturno
cuando despierta el Pródigo, con un escalofrío,
entre los muros de su casa.

Cuando ata lentamente sus zapatos
—ya sabe todo, ya nombró como un río los objetos
que rodearon su infancia,
irremediable y lúcido como el amanecer—,
y la sal del exilio en su bocina tempestuosa,
vierte una voz ahogada desde el mar,
un silbido de barco en marcha en el final de la bahía.

Hay un vino que exalta el corazón acobardado.
¡Inestimable idioma!
"Mi verdadera alcoba se abre allá lejos" — piensa.
¿Dónde la flauta dionisiaca y mísera,
el tañido del mundo se levanta,
como la lanza del guerrero que despierta...?

¡Oh, demonio, penetrante y profundo sollozo
de las cosas!
¡Qué sabiamente alumbras, tras sus máscaras fatuas,
este rincón gastado por mis sueños,
en donde la costumbre se apacienta día a día, en silencio,
complaciente y viscosa, como la misma dicha
que esparce suavemente su letargo
en agrias galerías de familia!

Yo no te pido, vida,
moradas como blandos espejos donde el tiempo
fluya callado y dulce sobre la misma lámpara.
¡Racimo de pasiones! Pon aquí tu sentencia,
disputa en mi corazón ruidosamente, sopla en el humo
de un lugar apacible
como una rama seca acariciada por la turbia sonrisa
de la muerte.

Yo te suplico labios venenosos;
llagas aun más brillantes que tus flores,
que cristales de sal en la desierta playa
bajo el sol — ah, bajo la luz ardiente—;
el rostro enjuto del deseo sonriendo en cada puerta,
y sangre de mendigo— ¡tanta dulzura en la avidez
del mundo!
triste sangre de oscura idolatría
en medio de la noche,
del rodar de la noche sobre caminos duros
donde nada se oiga más que el desnudo salmo de mi alma

Su primer libro apareció en 1941: *Las cosas y el delirio*, Premio Martín Fierro de la SADE. Entre sus otras obras: *Costumbres errantes* o la redondez de la tierra, 1951; *Amantes antípodas*, 1961, Premio Municipal; *Fuego libre*, 1962, Premio Nacional de las Artes y Las bellas furias, 1966; *Hotel Pájaro*, antología, 1967; publicó también: *Monzón Napalm*, 1968; *Una sombra donde sueña Camila O'Gorman*, novela. 1973.

LOS HOTELES SECRETOS

El brillo nómade del mundo
 Como un ascua en el alma una joya del tiempo
 Se abre tan sólo al paso de ciertos lechos tormentosos
 Arrastrados por la corriente
 Hasta las escaleras cortadas por el mar
 En ciertos antros de lujuria de bordes sombríos
 Poblados por estatuas de reyes
 Casi irreconocibles entre el reverberar de las antorchas
 cuya luz es la hiedra que cubre los muros
 ¡Oh corazón corazón orgulloso!
 Entrégate al fantasma apostado en la puerta
 Ahora que tan bien te conozco
 Sin otra sed que tu memoria
 Criatura melancólica que tocas mi alma de tan lejos
 Invoca en las alcobas el éxtasis y el terror
 El lento idioma indomable de la pasión por el infierno
 Y el veneno de la aventura con sus crímenes
 ¡Oh! invoca una vez más el gran soplo de antaño
 En estas cámaras de piedra enlazada a tu amante
 Y ambos envueltos en la lona de los días perdidos
 como el muerto en el mar
 Y pronto a deshacerse en las hogueras instantáneas
 Sobre lechos de un metal misterioso que brilla en las
 tinieblas bajo la zarpa de los candelabros
 Y el coro de pájaros lascivos girando con furia en las
 habitaciones selladas por el hierro de otras noches

Pues tales antros solemnes cubiertos de flores camívoras
 Con mármoles que se pudren a la sombra de cabelleras
 opulentas
 Se balancean labrados pomposamente desde el portal hasta
 la cúpula
 Como la nave anclada sobre el abismo
 Agitando con lentitud sus espejos para adormecer
 a la mujer desnuda entre los verdugos que incineran
 el corazón de la noche
 Y el zaguán donde se cruzan la lluvia y la frustración
 Los camareros con el rostro podrido por el tufo de
 las flores acumuladas en los pasillos infinitos
 El rumor de los suspiros sofocados
 Los besos entretejidos en nácar tristísimo
 La hierba sin nombre en que se hunden sus huéspedes
 Repiten una vez más entre la sombra
 La leyenda del amor que nunca muere

LA VOLUPTUOSIDAD DE LAS AVES MIGRATORIAS

Tan lejos de la felicidad de las familias
 Como la mendiga que riega los geranios con un líquido
 fosforescente
 Como los pies de la aventura sobre el nácar de lo
 imprevisto
 Nos amamos en la casa que corta todo lazo
 Un lugar de hierros al rojo
 Hierro de canciones de mar de naufrago de golpe de
 sueños contra los arrecifes de cocina ennegrecidos
 por el uso
 Y las lámparas colgando de los mástiles de la techumbre
 Con el secreto de las aves migratorias y el viento que
 provoca una sed inextinguible en esas cabezas de
 fuego cercenadas sobre un haz de leña
 Siempre rodeados de tentáculos marinos ramificados sobre
 el lecho
 Pues allí palpitaban como un diamante vivo todos los
 espejismos del ocio
 En esos pianos de la marea llenos de plantas oceánicas
 cuyo perfume es la música de la nostalgia
 Y en una ampolla de cristal sobre el estrépito de los
 muelles a cada partida licuaban su sangre las
 reliquias de la noche venerada por los amantes
 ¡Oh Dios mío!
 Demasiado feroces demasiado azuzados



Donde jamás la Rueda de la Fortuna deja de tender sus
brazos perpetuamente jóvenes y amenazadores
Y nunca tocamos un objeto que no se convirtiera en polvo
de idolatría sobre los sentidos
Y nunca hombre ni mujer se destruyeron tan apasionadamente
en el esplendor de su amor

Así conocimos las fórmulas de la locura
La pasión de los perros vagabundos
Frases ininteligibles que sólo las caricias descifran
Las lluvias y el desenfreno de la noche
Y las águilas ardientes que caen de pronto sobre los
cuerpos queridos para tributarles su cólera
En la barca de plumas varadas a manera de lecho sobre la
arena de los dormitorios

Con esas nubes de insectos como grandes esferas que hacen
tan bella luz suspensas en los lugares más perdidos
de este mundo
Iguales al farol de ciertos carros con largos ejes de
canciones en ruinas recogiendo los despojos de
la tormenta

(La ventana se abría a una resina misteriosa de color
azul pálido
Que pegaba a los vidrios su rostro de niña embellecida
por el frío
El piso era un colchón de hojas rojas con el tomasol de
la hermosura inalcanzable
Con la fascinación de los abandonos súbitos
Y restos de aves marinas preferidos a todos los juegos de
la memoria.)

INADAPTACION

Mi brazo de mar no cabe en la cocina mi otra mano
del Golfo de México tiene una fosforescencia de
travesía y un garfio de estibador clavado en la
palma y se abre como un delta para derramar su
reguero de luciérnagas y estremecimientos

¡Maldito sea! y tampoco mis labios tienen conducta
ni sentido como una herida desesperada que mezcla
en la sombra todas las brasas del ocio y la noche
y tan ávidos
que bajo sus besos suelen dormir bellos cuerpos
inciertos ¡tantas llamas exhalando el destello de la
demencia y el olor de las dárseñas!

También mi cabeza es inapta como un hormiguero
usado como velador como una esperanza en este
lugar de desencuentros como un indicador de
caminos en este país de élitros rotos y de insectos
aplastados por la luz

Estéril como un médano mi lengua saborea el mar
y exalta la delicia de la alimaña que orina en un
cáliz

A cada paso pueden cortarme los pies pueden
clavarme a un murciélago sobre la puerta dorada
del día

¡Y yo no tengo costumbres ni abuelos
porque bebo mi vino y lo injurio para bendecir sus
grandes resortes secretos que levantan en vilo el
peso muerto de la tierra!

